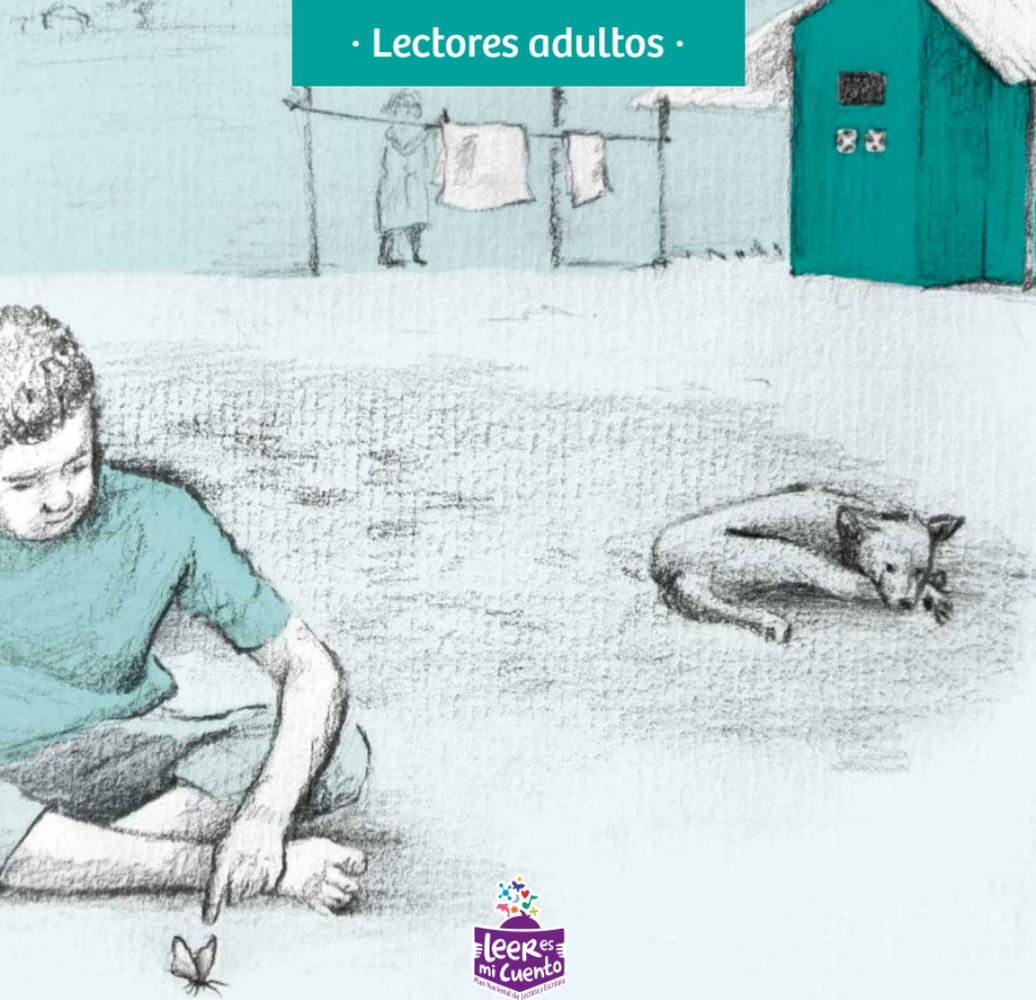


· Lectores adultos ·



Flores caídas

Leonardo Jesús Muñoz Urueta
Ilustraciones de Alejandra Estrada

Leer es el cuento de la generación de la paz

 MINEDUCACIÓN

 **TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



Flores caídas

Leer es el cuento de la generación de la paz
Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016
© Leonardo Jesús Muñoz Urueta, por los textos, 2016
© Alejandra Estrada, por las ilustraciones, 2016

Primera edición, Bogotá, Marzo de 2016

Juan Manuel Santos Calderón	Presidente de la República
Gina Parody d'Echeona	Ministra de Educación Nacional
Víctor Javier Saavedra Mercado	Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media
Ana Bolena Escobar Escobar	Directora de Calidad para la Educación Preescolar, Básica y Media
Paola Trujillo Pulido	Subdirectora de Fomento de Competencias
Sandra Morales Corredor	Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura

Coordinación editorial: Juan Pablo Mojica Gómez
Selección y revisión de textos: equipo pedagógico del PNLE
Diseño y diagramación: Angie Moreno
Impresión: Cgráficos
Tiraje: 10000 ejemplares
ISBN: 978-958-691-758-2
Impreso en Colombia: Febrero 2016

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del
Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total
de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos
correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.

Leer es el cuento de la generación de la paz

La paz está cerca, es el compromiso más importante que tenemos como país y todos los colombianos estamos llamados a seguir avanzando, con grandes pasos, para dejar la mejor herencia a nuestros niños, niñas y jóvenes: un país en el que los lápices permitirán crear historias de esperanza y vida.

Convencidos de que la paz es una tarea de todos y que la educación es la herramienta más poderosa de transformación para escribir este nuevo capítulo en la historia de nuestro país, el Ministerio de Educación Nacional presenta **Leer es el cuento de la generación de la paz**, un material de lectura diseñado para que encontremos formas distintas de recordar y comprender un pasado que inspire historias de paz.

Los invito a incorporar estas lecturas en el aula, en la biblioteca escolar y en el hogar, pues estoy segura que con estos materiales aportamos a la construcción de una Colombia mejor educada.

GINA PARODY d'ECHEONA
Ministra de Educación Nacional

Tía Genoveva, te alegrará saber que ya estoy aprendiendo a escribir con mi mano izquierda. Hace un año que todo aquello sucedió. Fue un año entero lejos de nuestra pequeña casa de bahareque, con paredes azules. El día del regreso, la encontramos con las paredes ennegrecidas, sin ventanas, y con los techos derruidos. A su lado estaba el campano casi marchito. El tiempo cura todas las heridas, como las telarañas. Me acuerdo que dentro del zaguán y la casa estaba atestado de maleza. Las arañas habían tejido una urdimbre de hilos níveos en los techos. La tía Doris, mientras limpiaba con un plumero, les pedía permiso a las arañas. Decía que les estábamos quitando su hogar. «Eso es no tener corazón», decía con acento sentencioso. Luego les daba las gracias, porque con las telarañas hacía un ovillo y lo guardaba por si a alguna herida se le diera por nacer.

Hay noches en que sueño con mi mano derecha. Entonces me veo recogiendo los tamarindos maduros en el patio o las flores que deja caer el inmenso campano a la entrada de la casa. Veo mis manos mojadas a través del agua clara de la ciénaga. Veo el lunar que tengo en mi dedo corazón. Muevo mis dedos al aire. Todo lo olvido hasta que despierto en la madrugada. Sé que en la vida no vuelven a crecer las manos que han sido cortadas. Uno de esos Goleros me cortó la mano porque yo le había dado un vaso de agua a un hombre Pante-ra. La tía Doris me curó las heridas con telarañas. Todavía no me acostumbro a haberla perdido.



«Te hará bien escribir sobre aquello que más te duele», me dijo la señora Gloria Luz, la nueva bibliotecaria del pueblo. Por eso empecé a hacer ejercicios de escritura con mi mano izquierda. La letra que me resulta difícil hacer es la O. Tal vez porque se parece a un corazón, que es lo que más me duele cuando recuerdo. La señora Gloria Luz también dice que las tragedias son regalos mal envueltos, yo me quedo en silencio.

Me acuerdo, tía Genoveva, que ese día de febrero el cielo estaba opaco. La abuela Socorro y la tía Doris estaban asustadas porque decían que Los Goleros, esos hombres que huelen a cobre, llevaban una lista negra de quienes iban a ser degollados en la plaza del pueblo, al lado de la iglesia.

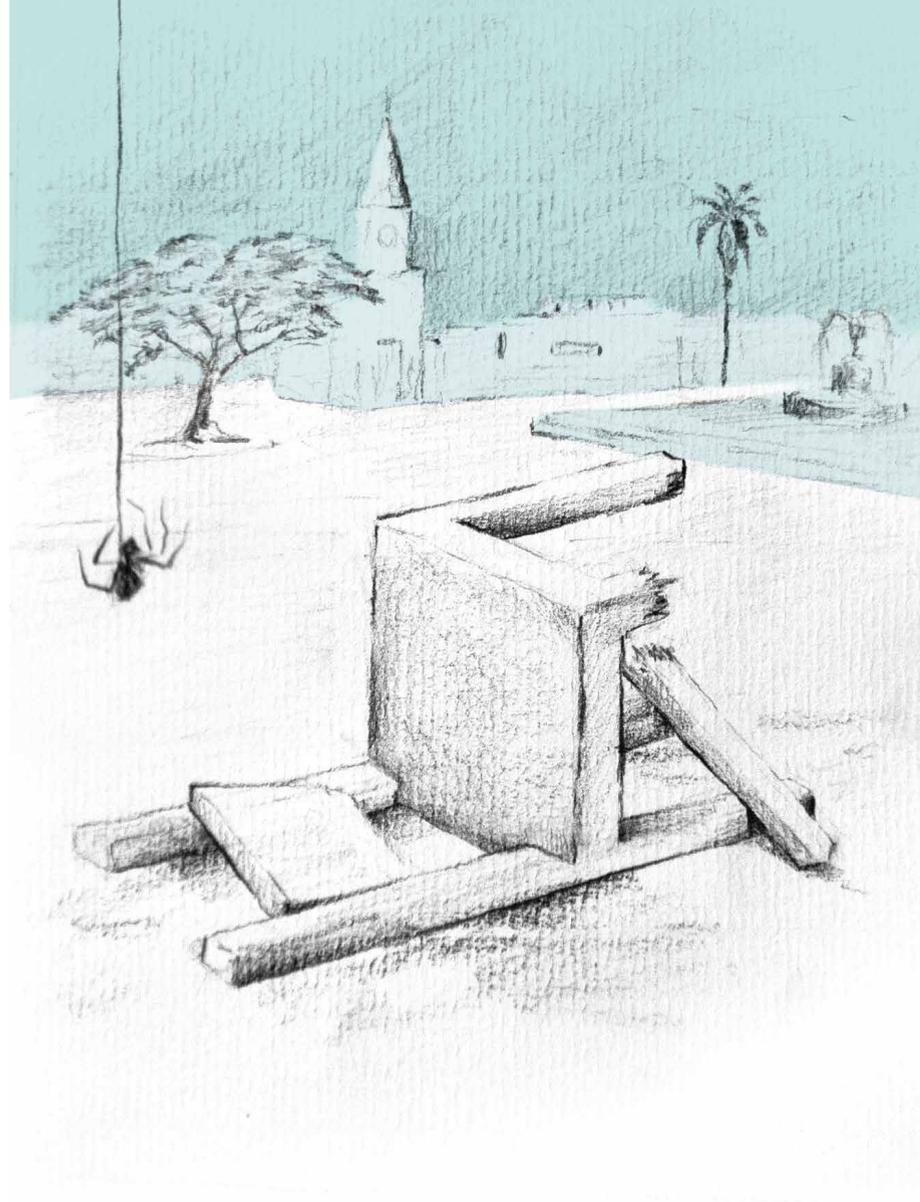
Decían que en esa lista aparecían los nombres del tío Apolinar y el tuyo porque eran informantes de ese otro grupo de hombres que se hacían llamar Las Panteras. Una madrugada, en medio de la oscuridad en mi choza de bahareque, escuché los pasos de más de un centenar de hombres, parecía que arrastraban cosas de hierro. Yo creo que eran sus propios corazones.

Hay noches en que despierto sudando. En sueños, vuelvo a escuchar con claridad las plegarias entrecortadas de quienes eran degollados dentro de la iglesia y el golpe seco de sus cuerpos contra el suelo. La abuela Socorro quedó muda por varios meses cuando le dijeron lo que habían hecho con la cabeza del tío Apolinar. Dijeron que te habían llevado con un grupo de mujeres, asustadas y aturcidas por lo que estaba pasando.



En las calles había sillas, ollas, sábanas desparrramadas por el suelo. Cuando llegaron al pie de la iglesia, el jefe de Los Goleros mandó traer a un hombre que tenía las manos amarradas con cabuya y que sangraba. La camisa estaba empapada de sudor. El jefe de Los Goleros le preguntó en voz alta: «¿Quién es la maestra?». Él, sin levantar la mirada del suelo, señaló donde tú estabas, tía Genoveva. Ese hombre te haló de los cabellos y te puso una cabuya en el cuello. Dijeron que estabas pálida como la luna. Parecías de cera. Lo otro que sucedió no quiero recordarlo.

A mi abuela le entregaron una sortija tuya, que alguien, furtivo, te quitó de las manos, mientras colgabas como una fruta de la rama de ese campano, frente a la iglesia.



El día que regresamos a la vieja casa, la abuela colgó de una de las ramas tu sortija, que pende de un hilo. A pesar de lo pequeña, cuando hay noches de luna nueva, brilla entre la penumbra de las ramas.

Me gusta imaginar, tía Genoveva, que las personas amadas continúan viviendo a través de los objetos que le pertenecieron. Aunque ya no estés. La tía Doris sonrío y me mira, con los ojos aguados por las lágrimas que se le quieren salir, cuando me escucha leerte *Los miserables*, de Víctor Hugo. «Léela, Juan Pablo, te va a hacer cosquillas en el alma», me decías.

Tía Genoveva, algo me dice que el campano pronto va a florecer. Una mañana de mayo me asomé a la puerta de la entrada, a los pies del campano y, a pesar de estar sin hojas, había unas flores inclinadas, pequeñas, blancas, que retornaban a las ramas. «Abuela y tía Doris, por fin el campano ha florecido, miren cómo las flores regresan a sus ramas». La abuela se acercó, apoyándose en su bastón, y la tía Doris se asomó desde el umbral. Por un momento vi el rostro de la abuela y el de la tía Doris iluminados por el asombro, pero al final, después de un suspiro, la abuela dijo: «Son mariposas». «No importa, abuela», le contesté, «de todas maneras regresan a las ramas».

